M. E. WALSH

otoño imperdonable



Lectulandia

Este es el libro con el que María Elena Walsh se dio a conocer como poeta. Lo publicó en 1947, en una edición que pagó ella misma, cuando tenía 17 años. Recoge una selección de los poemas que venía escribiendo desde apenas entrada en la adolescencia. Llama enseguida la atención la temprana madurez de esta escritora, la destreza a un tiempo conceptual y musical con que maneja las palabras. También se advierte aquí el germen de su imaginería personal, cosechada en el paisaje suburbano, que desbordaría posteriormente en sus poemas y canciones, también en las dedicadas a un público infantil. Y esa difícil sencillez en el armado de las frases, esa fluidez sólo aparentemente natural en la expresión. *Otoño imperdonable*, cuyo título es en sí mismo todo un hallazgo, atrajo de inmediato la atención de poetas consagrados como Jorge Luis Borges, Pablo Neruda, Silvina Ocampo y Juan Ramón Jiménez, y le abrió las puertas de los suplementos y las revistas literarias de la época.

María Elena Walsh

Otoño imperdonable

ePub r1.0
et.al 13.11.2019

María Elena Walsh, 1947
Retoque de cubierta: et.al

Editor digital: et.al
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Otoño imperdonable

Dedicatoria

Árbol

Esencia

Balada de la alondra persuasiva

Término

Con la mano vacía

La sombra

Mínima

Tránsito

El lugar

Vana historia

El caballo muerto

La víspera

Noche de frío

Balada triste

La cabalgata

Hombre pensativo

La casa

Paisaje de elegía

Poemas con razones principales
- I
- II
- III

Epílogo

Sobre el autor

Escribí Otoño Imperdonable *entre los 14 y los 17 años. Esto no es disculpa ni jactancia: es una dedicatoria. Si veinte años después algunos adolescentes sienten alguna complicidad con este libro, la reedición está justificada.*

Nota a la tercera edición, 1967

Dedicatoria

Piénsame como en la fotografía:
con mi perfil rondando tu apellido.
Brizna desmemoriada que ha crecido
al lado de tu voz, amiga mía.

Yo soy aquella fiebre de papeles
que por los corredores de la escuela
admiraba tu mundo de acuarela
y la política de tu pinceles.

Soy el antaño de tus mediodías
y aquel afán donde te reconoces;
quien buscaba tu voz entre las voces
y quien tanto lloró porque sufrías.

Mi corazón en todo te comprende
—desde su cerradura o con su llave—
pero perdónalo porque aun no sabe
en dónde acabas tú y empieza el duende.

Digo que eres sostén y nervadura

de esta riqueza que no llamo mía
porque eres la verdad de mi alegría,
porque estoy reclinada en tu dulzura.

No encuentro nada venturoso y nuevo
que presida el candor de mi confianza;
alargaré tu nombre en la esperanza
hasta pagarte lo que no te debo.

En la ciudad de mi palabra fría
ardiendo está tu ausencia o tu latido.
Mucho antes de partir me habré perdido
sin tu mano en mi mano, amiga mía.

Danza con mis paraguas arlequines,
prende mi luz y mírate en mi espejo.
De todo me desprendo y te lo dejo:
la lapicera, el canto, los patines.

Te estoy queriendo única y primera
desde mi soledad exagerada.
Siempre estaré de frente en tu mirada
y asistiendo a tu sombra verdadera.

Dame la mano y vamos a algún lado
con los pinceles como pasaporte.
Las dos con una brújula sin norte.
Las dos con un reloj equivocado.

Árbol

Me detuve en la sombra transparente
que cielos pastorales derramaban.
La soledad hería el horizonte
para extenderse más ilimitada.

Huyó mi voz de todos sus espejos
y renaciendo en floración atávica
dijo con el lenguaje del silencio
lo que decir no pueden las palabras.

Un ritmo vertical buscó mi sangre,
su calidad de lastimada savia,
mientras como una firme enredadera
la tierra a mi dolor se encadenaba.

En ferviente espiral se desvelaron
mis manos en sazón, mis manos ávidas,
y al encontrar el límite del viento
frustráronse implorantes como ramas.

Encendida de cantos fue mi sombra,

herida en un incendio de bonanza.
Conoció la dulzura de la tierra
y la inmovilidad de la distancia.

Desde la linde diáfana del aire
multiplicados cielos me reclaman.
Y mi desolación arborecida
busca alcanzarles un montón de llamas.

Esencia

Indefinible esencia
BÉCQUER.

Nunca nombrarla, nunca.
Ni callarla siquiera.
Solamente crecer de sus raíces
con asombrado llanto.
Ser y morir tan sólo
para justificarla
como naturaleza
y sumisa costumbre.

Madurará con pausa
y exactitud de necesaria estrella
y sólo incertidumbres
me probarán su órbita,
su doloroso amor, su cumplimiento.
Será un desgarramiento
elemental, constante.
Desesperada espera
—lo sé— desesperada.

Y sin embargo, nada
persistirá más cierto
que su sabiduría,
que sus sencillas fiestas.

Como el rosal seguro de la rosa.

Y yo seré la sombra
de su florecimiento,
yo viviré acatando
su voz y su silencio,
en indefensa tierra,
irrenunciablemente.

Balada de la alondra persuasiva

En otra madrugada,
por vientos de ceniza,
obedecí al latido de la alondra.
El cielo no era cielo todavía.

La zona del hornero,
el tiempo de la encina
se inquietaban en lento aprendizaje
y el cielo no era cielo todavía.

Hubo un encantamiento
de flor y hierba fina,
un cauteloso antaño de rocío,
y el cielo no era cielo todavía.

Septiembre constelado
de dos campanas frías
rodaba por lugares de silencio
y el cielo no era cielo todavía.

En clima de obediencia

mi pulso recorría
todo un advenimiento de corolas
y el cielo no era cielo todavía.

No regresó conmigo
la alondra persuasiva
porque me desterró de su latido
cuando el cielo fue luz de mediodía.

Término

Yo sé que estoy en vísperas de lo desconocido:
un presagio madura tristemente en mi pulso.
Por él ¡oh despiadado! ya imagino las noches
en que andaré descalza por pasillos oscuros.

Retoños de dolor que imaginó mi frente
en rojas certidumbres florecerán mañana.
Tengo el presentimiento de mi infausto bautismo,
de la amarga parcela que me está reservada.

Que el silencio presida mi pavorosa angustia,
que nada en mí pretenda huir de lo inevitable.
Para sufrir más tarde el tiempo de las lágrimas
vivo ahora esta edad de sed y aprendizaje.

Todas las cosas deben florecer. Que el augurio
se nutra de mi sangre y cumpla su presente.
Como él es el paisaje que habitará el dolor
yo soy un sitio donde florecerá la muerte.

Con la mano vacía

Oh profesión salobre de silencio.
Yo lo he callado todo. Las palabras
me negaron su tránsito oportuno
con un hilo de hierro en la garganta.

Quise nombrar en vano la dulzura.
En vano quise darme en alabanza,
que resistió tenaz la cerradura
y toda llave me valió menguada.

Tal vez es una herencia de crepúsculos
en que el mutismo fue horizonte y gracia,
que revive en sajonas precauciones
y caldea mis venas en su fragua.

Tal vez alguna intemporal presencia
me reveló su antigüedad de lágrimas
encendiendo en mis ojos para siempre
la luz contemplativa de su lámpara.

Todo será llorado y retraído

en la desolación o la esperanza,
que en mi voz decreció el abecedario
y toda interjección fue amordazada.

Pueda quedar a solas con la tarde,
creciendo en ambición de venturanza.
Aunque huyan las palomas y me dejen
con la mano vacía en la ventana.

La sombra

Todo persiste en su razón primera
—frágil andanza, precio del encanto—:
La araña en su ritual devanadera
y el pájaro en la forma de su canto.

Yo también nombraría, si pudiera,
esa versión alegre del quebranto,
pero cautivo de mi cabecera
está el silencio que me duele tanto.

Está mi esencia, sueño amortajado,
por equivocaciones y cadenas,
por floraciones muertas en retoño.

Y el mar de pensativo acantilado
que enfría en el tumulto de mis venas
sus peces importados del otoño.

Mínima

Bajo la risa del verano
giraban mundos de colores.
Entonces era yo tan niña
que no sabía el nombre de las flores.

Recuerdo el pájaro atareado
y la faena de la araña
y el cielo diminuto que cabía
en mis pestañas.

Con la respiración del agua
y el riesgo de la arena
pasaba el tren de la mañana
junto a los grillos y las azucenas.

Y mientras mi candor rondaba
por las provincias de una caracola
tañían su silencio enamorado
el pez y la amapola.

Tránsito

Crepúsculo que me anuncia
un tiempo de soledad.
He recuperado el llanto
en mi espera elemental.
Es en vano el plenilunio,
la paloma y el rosal:
soy forastera en el ámbito
de esta dulzura sin par.
No sé que hacer con mis ojos
inmigrantes. No sé ya
cómo habré de repetirme
de silencio tan fatal,
de mi bautismo de sombra
frente a tanta claridad.

Nube, pájaro, legumbre,
ay, no quisiera llevar
a sus cálidas presencias
mi cofre de hielo y sal.
Verano, clima de ausencia,
tiempo de mi soledad.

El lugar

Un día —no sé cómo— me di cuenta que amaba
este cielo encauzado en dosel de follaje,
que amaba este silencio iluminado en trinos,
este paisaje triste que casi no es paisaje.

Por aquí pasé un día con el primer asombro,
con el ardiente asombro de saber ya pensar.
Y, vírgenes los labios de palabras lejanas,
hablaba con los árboles mi voz elemental.

Esta calle ha vivido paralela a mi infancia
¿y con los ojos fríos pasaba junto a ella?
Olvidé que hay alzadas mil perpendiculares
de su nombre y mi nombre a todas las estrellas.

Ahora, ya advertido su abolengo infantil,
me persigue el recuerdo con sencillo reclamo.
Por eso la contemplo con amor, prevenida.
Como si ya mis ojos la buscaran en vano.

Vana historia

Si no recuerdo mal, todo cabía
entre los horizontes de un pañuelo.
Entonces figuraba el mediodía
un sol con ojos en mitad del cielo.

Y gracias a una tierna hechicería
la noche prodigaba su consuelo
con tanta caridad que uno veía
las estrellas tiradas en el suelo.

Pero hoy el agua no lo dice. Es cierto:
ya no se pone un corazón dorado
ni roba añiles a la golondrina.

Porque el mundo hechizado está desierto.
Qué dolor, sobre él se ha desatado
el Miedo con sus trapos de neblina.

El caballo muerto

El sol se despertaba
insinuando perfiles y cencerros.
El caballo,
a solas con su muerte, se vestía de tiempo.

Aún guardaba el cielo
la consistencia pura de la escarcha
y la hierba
amarilleaba como arrepentida
de su lujoso brío de esmeralda.

Los árboles oraban
con su sombra monjil por el sendero
y a ratos se esbozaba
un trino en la blancura del silencio.

Allí estaba el caballo,
a solas con la tierra,
desvanecido en íntima penumbra,
condecorado por la primavera.

Quebró el itinerario de sus ojos
esta invisible sombra de ramajes.
Al litoral vacío
huyó una referencia de paisajes.

El caballo,
ay, ya no tiene nombre.
La muerte lo igualó con cualquier cosa:
un olvido sin alba ni horizonte.

Pero un niño
supo llorarlo
allá cuando ninguno lo miraba
y estaban lejos todos los rebaños.

Después, un doloroso testimonio
ocupará la fosa a flor de tierra:
unos huesos que investirá la noche
con la blancura de la luna llena.

La muerte del caballo fue llorada
por un niño.
Y para iluminarla por más tiempo
el sol se rezagaba en el camino.

Ahora, cuando anuncia algún galope
su entusiasmo de rúbricas sonoras
parece que el caballo se conmueve

bajo los cuatro garfios
que sin remedio lo atan a una sombra.

La víspera

Ya preguntaba por el mundo mío,
por la calle sin voz, por el pausado
retorno de la noche en el rocío
y por el aldabón desmemoriado.

Sorprendían los pájaros del frío
la soledad del parque ensimismado
y regresaba el nombre del estío
puntual como la sangre a mi costado.

¡Oh voluntad de estrella en la bujía!
¡Oh cortejo de llantos vegetales
que en el perfil del viento renacía,

cuando al temblar la savia en su retoño,
bajo un aire aturdido de panales
amaneció la infancia del otoño!

Noche de frío

Vagábamos por calles de pájaros sin nombre.
Oh calles de la noche, oh pájaros del frío,
íbamos bajo cielos constelados de sombra.
Oh sombra de una música sin cauce ni destino.

Los árboles huyentes y casi minerales
imaginaban órbitas de cercanos zodíacos
y un silencio salobre se helaba en la estatura
del aire en el ramaje plural estremecido.

El agua de la noche trazaba en mis pupilas
acuáticos senderos, tréboles cristalinos.
Qué pleamar, qué alarma: vertientes verticales
y páramos de sombra que llevan a un abismo.

Y de pronto, un anuncio de bienaventuranzas:
el viento que alargaba los muros amarillos.
El viento, que movía rumores espectrales
casi reproducidos en follaje de vidrio.

Vagábamos por calles de pájaros sin nombre.

Por ámbitos de sueño, húmedos y sombríos.
Cobró el agua en mi voz el sabor de la noche
y designé a los pájaros con números de frío.

Balada triste

Era el otoño y era la llovizna,
la inicial certidumbre del poniente.
Mis pasos desandaban su tristeza
mientras sobre la tierra conmovida
era el otoño y era la llovizna.

En el transcurso de las avenidas
todos los pájaros habían muerto,
y las hojas llovían cautamente
sobre la hierba, cerca de mi sangre,
en el transcurso de las avenidas.

¿Qué llanto conocí, qué desconsuelo
bajo los árboles deshabitados?
Cuando en la fuente se reconocía
un cielo de palomas lejanísimas
qué llanto conocí, qué desconsuelo.

Oh muros de mi sed, aquellos muros
que no sé si existieron a mi lado;
bebí en ellos soledad de siglos,

luz funeraria, fríos alusivos.
Oh muros de mi sed, aquellos muros.

Triste ejercicio el de invadir la niebla
por ámbitos inciertos, declinando.
Atravesé desconocidos puentes
en el amanecer de los faroles.
Triste ejercicio el de invadir la niebla.

Todos los pájaros habían muerto
en el transcurso de las avenidas.
Qué llanto conocí, qué desconsuelo:
era el otoño y era la llovizna,
todos los pájaros habían muerto.

La cabalgata

Partimos cuando el alba destejía
las finas luces de su cabellera.
Se inauguraba la fisonomía
adormecida de la primavera
en la celeste voz de las glicinas
y en el turismo de las golondrinas.

Galopábamos bajo la enramada,
fustigados de viento mañanero.
Crecía en la penumbra iluminada
el alboroto vítreo del hornero
y ya ardía en el cielo de las rosas
una constelación de mariposas.

¡Oh aquella galería de frescura
edificada en ráfagas frutales!
Huíamos de sus sombras, en procura
de la inminente luz de los trigales
alborotando charcos instalados
junto a las procesiones de alambrados.

Y regresamos con el mediodía
aromado de trinos y colores.
En la casa, una ardiente algarabía
quebraba el luto de los comedores
donde filtrando atisbos de caireles
el sol caía sobre los manteles.

Nadie me vio más tarde, florecida
la frente sobre el tallo de mi mano,
con la memoria de mi voz perdida
en la proximidad de lo lejano
y advirtiendo a través del duraznero
la temprana presencia del lucero.

Hombre pensativo

El hombre está pensando, y en su frente
juega una sombra trémula de viento
y danzan los delirios que la fuente
le brinda en su pausado movimiento.

El hombre permanece conmovido.
Sin ansia y sin recuerdo. Se ha quedado
con la asistencia fiel de sus sentidos
pendiente de un destino inesperado.

Porque el agua es un libro transparente
que a veces melancólico ilumina
algún sangrante trozo de poniente
o un desbande casual de golondrinas.

El hombre lo comprende y se demora
en el fluvial silencio de la fuente.
Sin advertir el ritmo de las horas.
Sin ver danzar las sombras en su frente.

La casa

Allá estarán las cosas todavía,
a punto de no ser, contradiciéndose.
En el hastío de las escaleras
y en la resignación de las paredes
aun seguirá creciendo aquella sombra
con su sed de presagios inminentes.

Aquella sombra, ay, aquella sombra
fría como la sal y como el verde.
Su perfume inquietante, su leyenda
de confidencias y de pareceres
caía en el ramaje de mis hombros
con la perseverancia de la nieve.

Yo nunca tuve edad. Por eso entonces
crecí en la medida de mi muerte
ante la certidumbre del dolor
y la presencia de lo inexistente
y esa frialdad de las antiguas voces
sólo atentas a sus atardeceres.

Dejadme que imagine: allí quedaron
los guantes amarillos del jinete,
el crucifijo, las lamentaciones,
la ácida vigilia de la fiebre.
(Consternación que pudo perpetuarse
en el mundo asombrado de mi frente).

Yo sé que quise huir de los espejos
deshabitados insistentemente,
de la cal angustiosa, de la fecha,
de la persecución de los caireles,
de sombras que llovían por los muros
lentas como la miel, y amargamente.

Es verdad que nací para estar triste
junto a cualquier ventana, cuando llueve.
Pero eso sí: guardadme mi silencio,
aquel tan habituado a mis papeles,
desordenado como las estrellas,
amigo de mi voz, sencillamente.

No me llevéis a las habitaciones
donde sollozan coloridos seres,
en donde no podría habitar nunca
el aire que respiran los juguetes.
Porque no quiero ver anochecida
mi propensión a los amaneceres.

Paisaje de elegía

No escuches mi dolor, tú que me heriste.
No te reclama ya ningún acento.
Sólo en mi corazón la sangre es triste.
(¡Oh lentas calles del otoño lento!)

No te requiero un solo mandamiento.
—Tú que me niegas, tú que no me diste—
No sientas esta muerte que yo siento.
(¡Oh tristes voces del otoño triste!)

Que sólo a mis entrañas se refiera
este clamor, este importante frío.
Quiero que no te alcance su lamento.

Pero si alguna vez te desespera
un gran silencio, es el silencio mío.
(¡Oh lentas sombras del otoño lento!)

Poemas con razones principales

I

Miento tu dicha sin querer, hermano.
Mi corazón, espejo de la tierra,
ha sepultado el rostro del verano
en sombra humana y en humana guerra.

Si hablo del otoño es porque llueven
llantos sin fin en un jardín desierto.
Sugestivos silencios me conmueven
si digo que los pájaros han muerto.

Creo que todavía no he nacido
y hace mil años que me desconsuelo.
Contemporánea de las hojas, pido
un poco más de tierra para el cielo.

Anduve en la llovizna y el poniente,
entre gastadas amapolas. Era
el agua apenas agua en cada fuente;
la primavera, apenas primavera.

En un rápido susto de ladrillos
vi desaparecer a la paloma y oí,
por lejanísimos pasillos
el ruido de la sangre cuando asoma.

Toqué la quemadura y el estruendo
con piedras sobre el techo, con pavores,
para empezar, para seguir viviendo
una estación de atroces resplandores.

II

Enumero verídicas arenas,
lo que a orillas del tiempo he recogido:
montones de estropeadas azucenas,
algunas caracolas sin sonido.

Pero digo: —No importa que estén rotas,
que se hayan muerto todas estas flores.
Ya volverá la música a sus notas,
ya Dios inventará cosas mejores.

Pero veo que el cielo no termina
y que no muere toda voz que canta,
que la alborada pisa la colina
y en azufre y ceniza se levanta.

Alzo mi fortaleza de suspiro

y mi sangre arrancada de una hoguera
para que sea cierto lo que miro
y que no sea lo que Dios no quiera.

Esto es mi clima y mi pobreza, hermano.
Nada te puedo dar de lo que tengo
porque no está la forma de mi mano
resuelta en el crisol de donde vengo.

III

Seré materia de esperanza. Digo:
—Cuando madrugues, cuando te enamores,
cuando mires los ojos del amigo
y te distraigan aparentes flores

ya habrán vuelto a su mundo sin abrigo
los jardineros y los aviadores.
Porque ésta es la verdad: ya crece el trigo,
ya empiezan a cantar los ruiseñores.

Hay una insinuación de primavera
en inminentes pájaros librada.
¿No la ves ya rondar tu calendario?
Mi vida no la ve, pero la espera con
vestido de fiesta y demorada
en un acontecer imaginario.

Epílogo

Y menos mal que ya la enredadera
azogada de lluvia, merecía
pecíolos de luz, mientras la era
bajo el silencio azul reverdecía.

Un capricho de nubes sólo fuera
aquella negación del mediodía,
abierto luego en un portal de espera
y en una ingenuidad de celosía.

Desavenido el cielo en mi ventana,
su repentina dicha en mi amargura,
casi temí al milagro esa mañana.

Hasta que el viento, amigo y forastero,
me convidó a aprender agrimensura
por entre el cardo en flor y el duraznero.



MARÍA ELENA WALSH (Ramos Mejía, Argentina, 1930 - Buenos Aires, 2011). Poeta, novelista, cantante, compositora, guionista de teatro, cine y televisión, es una figura esencial de la cultura argentina.

Estudió en la Escuela Nacional de Bellas Artes. A los quince años comenzó a publicar sus primeros poemas en distintos medios, y en 1947, apareció su primer libro: *Otoño imperdonable*. En 1952 viajó a Europa donde integró el dúo Leda y María, con la folclorista Leda Valladares, grabando discos en París. Desde 1960, ya en la Argentina, escribió programas de televisión para chicos y para grandes, y realizó el largometraje *Juguemos en el mundo*, dirigido por María Herminia Avellaneda. Asimismo, escribió guiones para cine y su música fue incorporada a filmes de trascendencia. En 1962 estrenó *Canciones para Mirar* en el teatro San Martín, con tan buena recepción que, al año siguiente, puso en escena *Doña Disparate y Bambuco*, con idéntica respuesta. Esas obras se publicaron como libros en 2008.

A partir de 1960 nacieron muchos de sus libros para chicos: *Tutú Marambá* (1960), *Zoo Loco* (1964), *El Reino del Revés* (1965), *Dailan Kifki* (1966), *Cuentopos de Gulubú* (1966) y *Versos tradicionales para cebollitas* (1967). Su producción infantil abarca, además, *El diablo inglés* (1974), *Chaucha y Palito* (1975), *Pocopán* (1977), *La nube traicionera* (1989), *Manuelita*

¿dónde vas? (1997), *Canciones para Mirar* (2000), *Hotel Pioho's Palace* (2002) y *¡Cuánto cuento!* (2004).

M. E. WALSH

otoño imperdonable



Lectulandia